Lubok

Hace muchos años vivía un molinero. Su familia no era grande: eran cuatro en total: su esposa, un hijo pequeño y su padre, un anciano muy viejo. Es decir... había que alimentar cuatro bocas, y solo había un sustentador. ¿Y qué clase de trabajador era el abuelo? Sus manos y pies se habían debilitado, estaba todo encorvado; solo comía pan sin dar nada a cambio. Una necesidad terrible atenazó al molinero, el pobre luchó y luchó, pero siempre le faltaba un bocado para sí mismo. Y se le ocurrió deshacerse del anciano padre. Era invierno. Un día consiguió un largo y gran cajón de corteza y le dijo a su padre:

— Bueno, padre, vámonos. Ya es hora de que dejes de penar en este mundo, de que te comas la vida de los demás. A ti te será más fácil, y a nosotros, sin ti, nos será el doble.

El abuelo comprendió a qué conducían las palabras de su hijo, guardó silencio y lloró, desconsolado en amargas lágrimas. El molinero se llevó a su hijo pequeño y llevaron al abuelo. Lo llevaron a un barranco profundo, el hombre sentó a su padre en el cajón y lo dejó bajar.

— Adiós, padre, no nos recuerdes con rencor.

Ya se disponía a irse a casa, cuando el niño le tiró de la manga y dijo:

— Papá, oye, papá, llévate el cajón.

— ¿Y para qué lo quiero?

— Servirá, papá, llévatelo; cuando tú seas tan viejo como el abuelo, te meteré en él y te haré bajar rodando.

El molinero se agarró la cabeza:

— ¡Ay, se ve que el diablo me ha tentado!

Se lanzó al barranco, sacó al anciano, le pidió perdón y lo llevó a casa.

Desde entonces, el hombre alimentó y cuidó al anciano padre hasta su muerte.